

proseguiréis gozando eternamente
 el gran placer que vive de dolores.
 ¡No esperéis redención, raza culpable!
 ¡Como todo en la tierra es miserable,
 de miseria en miseria
 hará vuestro dolor interminable
 en su cópula eterna la materia!
 Corriendo del dolor la inmensa gama,
 gozaréis el amor en giro eterno,
 desde la pura llama,
 hasta el odio más tierno,
 pese al vulgo que cree que es el infierno
 un refugio infeliz donde no se ama.
 Entre rocas y plantas venenosas,
 seguiréis como larvas tenebrosas
 del odio y del amor la cruda guerra,
 que es perpetua en la tierra
 la hostilidad constante de las cosas.
 ¡En vano, huyendo del dolor que espanta,
 la substancia mortal se transfigura,
 que en el hombre, en el mármol, en la planta,
 en el fondo de todo, hay amargura!
 Y es ley, pueblo querido,
 de que todo lo que es y lo que ha sido,
 acabe al fin como acabó este infierno,
 que es el silencio eterno
 el diapasón final de todo ruido!—

x

Y en prueba de obediencia,
 el gran Demo, creyendo
 que ya estaba de Dios en la presencia,
 —¡Voy, Señor!—exclamaba, respondiendo
 á una voz que sonaba en su conciencia.
 Y al cumplir reverente
 las órdenes divinas,
 en tanto que fulguran culebrinas
 de tristeza y de espanto por su frente,
 mira al valle de nuevo, se levanta,
 y hollando con su planta
 la nieve de cien siglos de la sierra,
 puso el pie en un cometa que pasaba,
 á tiempo que su labio murmuraba:
 —¡Adiós, infierno mío!—
 Y cuando ya la noche adelantaba
 su silencio, sus sombras y su frío,
 obediente el cometa,
 de orden del Ser Supremo,
 cruzando los espacios, llevó á Demo
 á ser rey de otro infierno á otro planeta.

CANTO OCTAVO

TORRALBA HALLA LA DICHA EN LA MUERTE

—Con la iglesia Lemos dado, Sancho.
 —Ya lo veo, respondió Sancho, y plegue á Dios que no
 demos con nuestra sepultura.
 (QUIJOTE, parte 2ª, capítulo IX.)

I. La ciudad de Cuenca.—II. Torralba en la Inquisición.—III. Proceso de Torralba.—IV. Confesión de Torralba.—V. El tormento.—VI. Las sombras de Zaquiel y Catalina.—VII. El auto de fe.—VIII. Muerte de *Muliércula*.—IX. Torralba muere de asco de la vida.—X. Última aparición de Catalina.

I

De montes circundada,
 está Cuenca, fundada
 sobre un cerró de forma de una piña,
 y conforme descende, va, ensanchada,
 á buscar más espacio en la campiña.
 Valerosa ciudad, que, por su arrojo,
 desde los tiempos de los moros pudo
 lucir un cáliz de oro por escudo
 y una estrella de plata en campo rojo.

II

En seis de mayo iba á romper el alba,
 cuando en cierta prisión del Santo Oficio,
 á don Diego de Zúñiga, Torralba
 —Sois—le decía—un desertor del vicio.
 —Yo soy—dice don Diego—un caballero...
 —¡Sí! ¡sí!—gritó Torralba presuroso,—
 que supo delatar á un compañero
 al Santo Tribunal, por sospechoso
 de ser casi un apóstol de Lutero.
 —Porque soy un cristiano verdadero...
 —Porque sois un tramposo
 que, engañando la fe de un pueblo entero,
 un santo acreditó de milagroso
 para ganar ofrendas y dinero.
 —La ley de Dios es un deber sagrado—
 Zúñiga repetía;
 y Eugenio de Torralba le decía:
 —Es muy malo el pecado,
 pero es mucho peor la hipocresía
 de unos viles hidalgos que, á millares,
 aspiráis al honor de familiares,
 por no ser sospechosos de herejía.—

III

Y cuando lentamente
 ya, colgado del sol marchaba el día,

entró en la estancia un pelotón de gente;
y en tanto que Torralba los veía
con el aire alocado de un demente,
un fraile, con un libro, que tenía
escrito en la portada

con tinta roja y caracteres gruesos,
«Expediente formado
á Eugenio de Torralba, el Licenciado,
por mentir, por volar y otros excesos»,
fué haciendo la pesquisa

de todos sus errores y locuras,
mientras él se reía con la risa
que ensayó el ángel malo en las alturas.
Y hablando á un familiar, que parecía
con traje negro un sacristán de aldea,
le manda un grave inquisidor que lea
la sentencia fatal, que así decía:

«*Constando* al tribunal del Santo Oficio
que, gracias al influjo
de un cierto Angel Zaquiél, ya excomulgado,
Torralba el Licenciado
fué alquimista, hechicero, mago y brujo;

Constando que aprendió la ciencia ignota
del cura de la aldea de Bargota,
que en minutos, montado en una caña,
iba y venía desde Italia á España;
y que en mago una noche convertido
por el brujo Zaquiél, ángel caído,
pasó á Italia de un salto,
y á las dos ó tres horas de saqueada
supo por él Valladolid pasmada
que Borbón tomó á Roma por asalto;

Constando que no hay dogma que él respete,
que, haciendo una mujer como un juguete,
se fué á vivir en paz entre las fieras,
en una de las grandes cordilleras
que suben desde Cuenca á Tragacete;
añadiendo á todo eso
que permitió, en el valle en que fué preso,
babilónicos lujos,
teniendo con las brujas y los brujos
muchas cenas con pan, con vino y queso;

Constando que es Torralba un codicioso
que intentó descubrir la tan buscada
piedra filosofal, jamás hallada;
y que, emulando al diablo en lo ambicioso,
alimentó el deseo
de crear el *Homínculus* famoso,
tan hijo de la tierra como Anteo;
y que alcanzó de creador la palma

entre todos los sabios de su secta
formando la *Muliércula* sin alma,
que es la belleza natural perfecta;

Constando que, causando su entusiasmo
Martín Lutero y Desiderio Erasmo,
sólo ama la materia, y de este modo
su ciencia es tan profana
que, odiando el alma humana,
admira el alma cósmica del todo;

Constando que este monstruo de impostura
para un cercano porvenir augura
la religión del Padre,
sin Hijo, sin Espíritu y sin Madre;

Constando que, según su testimonio,
el Dios-Hijo fué un hombre extraordinario;
y que á veces también, el temerario,
dudó de la existencia del demonio;
por el cielo inspirado
el Tribunal acuerda
que á Eugenio de Torralba, el Licenciado,
se le aplique el tormento de la cuerda.»

IV

—¿Estáis arrepentido?—

Le preguntó el lector con voz severa.
Sintiendo el odio de Luzbel caído,
Torralba contestó de esta manera:
—Disponga el Santo Oficio lo que quiera,
pues ya, más resignado que afligido,
no maldigo la hora en que he nacido,
en gracia del instante en que me muera.
En religión desprecio más que el clero
la ignorancia del díscolo Lutero;
y si estudio el problema
de si es peor la vida que la nada,
eso lo vi en Pirrón, cuyo sistema
borró la creación de una plumada.
Con respecto al placer, quise en lo hermoso
buscar el bienestar para el sentido,
después que he conocido
que el alma es la enemiga del reposo.
Inventó la *Muliércula* mi ciencia,
porque hallé en mi conciencia
un insondable abismo,
al meditar en calma
que Dios, al dividirlo en cuerpo y alma,
hizo al hombre enemigo de sí mismo.
No extrañéis que mi juicio
prefiera, con perdón del Santo Oficio,

á una existencia ascética, la muerte;
 el amor es la vida en ejercicio,
 y abomino á esa turba que convierte
 el ceñidor de Venus en cilicio.
 Dudo mucho, es verdad; y cuando niego
 es que imito el estilo
 de aquel divino Sócrates, que ciego
 lanzó burlón de su sagrado asilo,
 con palabras de fuego,
 las potestades trágicas de Esquilo;
 y obedezco tranquilo
 al Justo que echó luego
 á puntapiés, desde el Olimpo griego,
 los dioses de Catón y de Camilo.—

v

Replicó el que leía:—Según eso,
 ya, convicto y confeso,
 después de oído, el Tribunal declara
 que, sufrido el tormento,
 Eugenio de Torralba quede exento
 de morir, como algunos condenados
 que en borricos montados,
 teniendo una coraza por sombrero,
 en el auto de fe serán llevados
 al cadalso llamado el quemadero.
 Y manda que, después de atormentado,
 sea á la reja de su encierro atado,
 para ver á su innoble compañera
 asada al natural en una hoguera.—
 Torralba respondió:—Muy bien, señores,
 doy con gusto la vida por la nada,
 quiero llegar al fin de la jornada,
 para dejar mi carga de dolores.—
 Después de sentenciado,
 en un lecho de hierro fué tendido
 aquel gran pecador, no arrepentido,
 que parecía un ser ya amortajado.
 Y en tanto que seguía un sacerdote
 leyendo de Torralba los excesos,
 retorciendo otros frailes el garrote
 penetraba la cuerda hasta sus huesos.
 Torralba, en sus dolores sin medida,
 cual los de Job, sus labios balbucean:
 —*Tædet animam meam...*
 mi alma siente el tedio de la vida.—
 Y prosigue:—¡Adelante!
 no pido que se alargue un solo instante
 la vida que maldigo.

Dios dió al Judío Errante
 la eternidad terrestre por castigo.—
 Rezan los frailes desfilando, y luego
 murmura uno de tantos
 de esos que por ser santos
 predicán religión á sangre y fuego:
 —¡Exterminio al pecado!
 La Iglesia, mientras haya un desalmado
 que haga á sus dogmas guerra,
 procurará extinguir sobre la tierra
 la raza de Torralba el Licenciado.—
 Y otro santo replica,
 mirando al tribunal de inquisidores:
 —¡Mueran los pecadores!
 ¡La tumba es un crisol que purifica
 del barro terrenal nuestros errores!—

vi

Mientras sufre Torralba la tortura,
 ve una cosa muy blanca en la blancura,
 y es Zaquiel, que de un vuelo
 se acercaba al umbral de la otra vida;
 y al llegar, con la amante redimida,
 la gloria del Señor cantaba el cielo;
 y al tiempo en que del mundo se alejaron
 las almas de Zaquiel y Catalina,
 con una luz divina
 las puertas del Edén se iluminaron.

vii

Levantado del lecho
 y arrastrado Torralba largo trecho
 por la turba inhumana,
 á la reja le ató de la ventana,
 mientras él, de los reos en acecho,
 mordiéndose los labios con despecho,
 parece un bebedor de sangre humana.
 Febril por los horrores del tormento,
 en tan grave momento
 mezcla Torralba, con ardor fecundo,
 las nieblas de las dudas de las cosas,
 soñando Apocalipsis religiosas
 para augurar el porvenir del mundo.
 Y cuando, de repente,
 marchando frente á frente
 del gran *auto de fe*, mira el gentío,
 sintió en su corazón su último frío.
 Y al descender la hilera

de tanto familiar y tanto impío,
 por una calle que era
 barranco, arroyo y río,
 en verano, en invierno y primavera,
 por el viento agitados
 la larga procesión de condenados
 más que hilera de vivos, parecía
 un huracán de espectros desolados.
 Y cuando al fin la procesión subía
 del quemadero la empinada loma,
 Torralba ya miraba y no veía,
 pues de rabia tenía
 la cara de un Nerón quemando á Roma.
 Sofocando un sollozo que le ahogaba,
 mientras el sol poniente
 al principio lanzaba indiferente
 una luz tan intensa que cegaba,
 al ver desde la cumbre
 marchar á aquella ciega muchedumbre,
 —¡Es lástima—murmura el Licenciado—
 que encubra tan inmensa podredumbre
 la belleza exterior de lo creado.—
 Asomado á la reja del encierro,
 desde lo alto del cerro
 se dispersan en rayos sus miradas,
 y en sus ansias febriles
 entre cosas, ya vistas, ya soñadas,
 ve en el aire unas aves asombradas,
 por tierra deslizarse unos reptiles,
 y en derredor, revoloteando á miles,
 trasgos, sombras, fantasmas, brujas y hadas.
 Y, en medio del dolor que le asesina,
 ve y oye el Licenciado moribundo
 que desde el cielo con amor se inclina,
 y—¡Arrepiéntete!—exclama Catalina,
 con la unción de una voz del otro mundo.

VIII

A coro con los ruidos apagados
 que forman los cristales triturados,
 cuando de peña en peña
 sorteando las montañas de los lados
 haciendo eses el Huécar se despeña,
 de unos reos, sin arte amordazados,
 se oyen las oraciones,
 y de otros condenados
 la boca es un volcán de maldiciones.
 Y entretanto, lo mismo que si fuera
 lecho de amor el fuego de la hoguera,

Muliércula, ó más bien, la Torralbesa,
 no sin cierta hermosura
 mostraba en su apostura
 la gracia natural de una tigresa.
 Aunque sufre, es lo cierto
 que, al morir por el que ama,
 está sobre la llama
 más tranquila que un ave en el desierto.
 Teniendo de la bestia lo inocente,
 aunque ya la devora
 de la hoguera la llama intermitente,
 muriendo por el hombre á quien adora
 la estúpida es feliz inmensamente;
 pues por su instinto natural guiada,
 buscando en lo futuro
 la paz de la gran nada,
 por ser su fin mejor y más seguro,
 con el ánimo entero
 murió en el quemadero
 como en lecho de rosas,
 aquel cuerpo sin alma
 que imitó con su calma
 la majestad augusta de las cosas!

IX

La ceniza esparcida
 como un velo la atmósfera empañaba,
 y hasta el sol parecía que empleaba
 la luz del postrer día de su vida.
 Cesó al fin el inmenso desconsuelo
 del grupo condenado
 y, después de quemado,
 el humo subió al cielo,
 y entró todo en la noche del pasado.
 ¡Es un dolor que muera
 tanta inocente y bella criatura;
 pero, después de esa tragedia impura,
 al llegar otra vez la primavera,
 en el monte, en el valle, en la llanura,
 se cubrirán los campos de verdura,
 la verdura de rosas,
 y las rosas después de mariposas!
 Y cuando se dibuja vagamente
 en Torralba una risa del infierno,
 y espera indiferente
 último fin de todo, el sueño eterno,
 dió vuelta á un huracán de pensamientos,
 y por fin, en sus últimos momentos,
 el humo de la hoguera;

el hedor de la grasa derretida;
 el tufo del incienso y de la cera;
 el vapor de la tierra humedecida;
 todo ese vil concierto
 de perfumes extraños,
 le recuerda, de asfixia medio muerto,
 ese olor que despide, al ser abierto,
 un sepulcro cerrado hace mil años.
 Y asomado á la reja
 murmuraba iracundo:
 —Por no sufrir este asco que da el mundo,
 vaya con Dios la vida que me deja.—
 Y cuando el alma de Torralba advierte
 que llega á esa región indefinida
 en que acaba la zona de la vida
 y comienza el imperio de la muerte,
 aunque no halla el impío
 esa fe que ve á Dios en el vacío,
 murmura la palabra *¡Misericordia!*
 maldice de los males de la tierra,
 después de asco y de horror, los ojos cierra,
 siente el hipo final, se enfría y muere.

X

Y ¡oh, divina ilusión! Ya agonizante,
 cree oír Torralba, en el postrer instante,
 la voz de Catalina que le dice:
 —¡Por aquí... por aquí... sigue adelante,
 que el cielo por mi mano te bendice!—



Poesías

